

lo que puede, supuesto que atendiendo à su justicia nos dá todo lo que debe, y atendiendo à su bondad aun mucho mas de lo que nos debe? Nada de esto os tranquiliza, Señores; todavia no estais contentos. Esto es efecto de la soberbia que os domina, la que hace que os rebeléis contra Dios; porque si tuvierais, no digo alguna semilla de aquella humildad que se encarga à los Christianos, si no algun principio de aquella equidad inseparable de la razon, quando esta no se halla todavia corrompida, conoceriais que es imprudencia querer ordenarlo todo à vosotros, y el mirar como injusticia todo lo que se opone al grado de amor propio que sentis dentro de vosotros mismos; no os figurariais que Dios solamente es Dios, para condescender con vuestras imaginarias utilidades, y para arreglar su conducta conforme à vuestras ideas; no reduciriais todos sus atributos unicamente à su bondad, como lo estais haciendo en vuestros discursos; y siempre que decis que Dios es bueno, os acordariais de que es sabio, y que no debe turbar el orden general para gobernaros segun vuestro capricho: os acordariais de que es justo, y que el medio mas proporcionado que tiene para castigaros es privaros de los bienes de que abusais; finalmente, os acordariais de que es dueño absoluto de sus gracias, y que de la tierra que tiene en sus manos puede hacer vasos de honor, y vasos de ignominia, sin que los vasos de ignominia tengan motivo para quejarse de él. ¿Pues de quién se podrán quejar? De sí mismos, Señores; de sí mismos, y de su pereza, como lo veremos en la segunda parte.

SEGUNDA PARTE.

EL mas injusto, y al mismo tiempo el mas comun de nuestros deseos acerca de la gracia, es el que Dios nos previniese de tal modo, que fuese indefectible nues-
tra

tra salvacion, sin que nosotros pudiesemos oponer obstaculo alguno à ella. Quisieramos que Dios lo hiciese todo, y que el hombre nada tuviese que hacer; pero las disposiciones eternas son contrarias à este injusto deseo.

¡Oh, hombre, dice San Agustin! Dios te crió sin tí, pero no te salvará sin tí: *Qui fecit te sine te, non justificat te sine te.* (a) La justificacion, y la salvacion es una obra comun entre Dios, y el hombre. Es necesario que Dios os hable, pero tambien lo es que vosotros le oyais. Es necesario que Dios os disponga su gracia; pero tambien lo es, que vosotros se la pidais: finalmente, es necesario que Dios obre, pero tambien lo es que obreis vosotros. El Señor habla, y os ofrece su gracia; esto es obrar de su parte, pero vosotros no quereis obrar por vuestra parte con Dios: primer grado de cobardía. Vosotros no quereis pedir la gracia de Dios: segundo grado de cobardía. Vosotros ni aun siquiera quereis oír à Dios: tercer grado de cobardía. ¿Pues cómo os quejais de que os abandona su gracia?

Ninguno de estos defectos se puede imputar à la Samaritana. Jesu-Christo la habla como Maestro, y ella se aplica con la mayor docilidad à oírle. El Señor la ofrece una agua saludable, capáz de apagar eternamente la sed, y ella se la pide con fervor: el Señor obra en su corazon por medio de unas repentinas impresiones de verguenza, y arrepentimiento; y ella pasa con la mayor facilidad de la verguenza à la confianza, y del arrepentimiento al zelo: va corriendo à la Ciudad buscando Discipulos, y oyentes para el Hijo de Dios; le anuncia à todo el Pueblo, y los lleva la luz de la salvacion; venid, y ved, les dice: *Venite, & videte.*

Lo mismo sucede à los Samaritanos: movidos de la

(a) *Serm. 15. de Verb. Apost. Tom. III. Gg*

relacion de esta muger, no se contentan con oirla, sino que quieren instruirse por sí mismos: van en busca del nuevo Maestro, le suplican que vaya à sus casas, le detienen alli dos dias, y le reconocen por el verdadero Mesías: *Quia hic est vere Salvator Mundi.* (a) Esto es aprovecharse de la gracia, y trabajar con la gracia; ¿pero lo haceis asi vosotros, Catholicos?

I. Primeramente, ¿de cuántos modos obra Dios para con vosotros? ¿Cuántos golpes ha dado para sacaros de vuestra indolencia, y para despertaros de vuestro sueño? Las desgracias públicas, y particulares, la pérdida de los bienes, las enfermedades, la muerte repentina, è inopinada de las personas que mas amabais; la muerte, y los castigos de los cómplices de vuestros desordenes, y otros infinitos accidentes, han introducido muchas veces en vuestro corazon una amargura involuntaria, un disgusto del Mundo, y del pecado, que no nacia de vosotros; Dios era quien introducía en vuestros corazones estas semillas de gracia, y el que hacia tan grande ruido al rededor de vosotros para despertaros: el Señor obraba en vosotros, para que vosotros obraseis con él. Esta era la hora, y el momento de cooperar con la gracia: *Venit hora, & nunc est.* ¿Qué es lo que haveis hecho? ¿Qué poco os quedaba que hacer! Pero nada hicisteis.

Me parece, Señores, que os estoy viendo pintados en el cap. 25. de los Hechos Apostolicos en la persona de aquel Rey que quiso oír à San Pablo. Este fue el joven Agripa, famoso en la Historia de los Judios, no tanto por sus acciones, quanto por los varios movimientos de su fortuna: tenia en su compañía, y en su mismo tribunal à su hermana Berenice, ambos eran malos Judios, y medio Paganos, ambos tenian necesidad de una conversion poderosa. Pablo, cargado de cadenas,

(a) Joann. 4. 42.

les explica con autoridad, y eficacia las obligaciones de la vida christiana; al oírle, se sintió Agripa movido de una gracia tan viva, y luminosa, que no pudo disimular su efecto. ¡Oh, Pablo, exclamó! Muy poco falta para que me persuadas que abrace el Christianismo: (a) *In modico suades me christianum fieri.* ¿Falta poco, oh Principe! ¿Pues qué es lo que falta? ¿En quién consiste? ¿En Dios, ò en vos? Este poco que falta ¿de parte de quién está? ¿De parte de Dios, ò de la vuestra?

Es verdad que Agripa deseaba oír à Pablo, cuya fama se estendia por toda la Judea: *Volebam, & ipse, hominem audire.* (b) Pero son muchos los negocios que ocupan à un Principe, y aun mucho mas le suelen ocupar los placeres, que los negocios: acaso nunca se huviera determinado à ir à oírle, ni à llamarle à su Palacio, Dios se le presenta; ¿pero por qué medios? ¿Por qué caminos? ¿Por qué enlaces de peligros, y fatigas? Para llegar à esto es necesario que toda Jerusalem se subleve contra Pablo, que le dén de golpes en el Templo, que se vea amenazado de muerte por los Judios, sus enemigos; que solamente pueda escaparse de su furor, apelando al Cesar, y entregandose prisionero de los Romanos; que en los grillos de estos sea llevado de Ciudad en Ciudad, y de Magistrado en Magistrado, para llegar ultimamente al tribunal, en donde le oygan aquel Principe, y su hermana, y en donde aquel Principe empieza à sentir movimientos de salvacion; à este fin se dirigian todos los trabajos que padecia Pablo. Esto es lo que hizo Dios para la salud de aquel Principe: *In modico suades me.* ¿Es esto poco? Lo poco que falta no está de parte de Dios, sino de parte del Principe; ¿pero qué es lo que hace?

Confiesa que se siente movido; que el Predicador ha dicho cosas prodigiosas; que nada mas hay que decir,

(a) Actor. 2. 28. (b) Actor. 25. 22.

cir, pero todo se reduce à esta confesion que hace de su estado, y de los movimientos que el Sermon de Pablo acaba de excitar en su alma; à esto se reduce todo. ¿No hará à lo menos algun leve esfuerzo, no procurará vencer sus pasiones, no intentará hacer alguna mudanza en su vida? ¿Por qué no seguirá los impulsos de la gracia, à lo menos con algun movimiento de su ociosa libertad? Poco falta, dice, y à la verdad era poco; porque, ¿qué pudiera haverle costado arrojar de su Corte à algunos de los aduladores que le deslumbraban acerca de sus obligaciones, y retirar de ella à aquella hermana incestuosa, que le hacia odioso à sus Vasallos, y despreciable à los Romanos? Con que abriese los ojos, con que tuviese algunos visos de discrecion, bastaba para que conociese quàn ridicula, è infame cosa era llevar consigo à todas partes à aquella hermana, y sentarse publicamente con ella en su tribunal. Un poco de honor, un poco de reparo en lo que decia el Mundo, un poco de verguenza, y de pudor, huvieran fortalecido los movimientos que se excitaban en su corazon, y consumado por grados la obra empezada por la gracia: Nada hizo aquel Principe; ¿y qué es lo que haceis vosotros, pecadores?

Os figurais, Catholicos, que para convertiros, y para desprenderos de esos infelices afectos es necesario un medio muy poderoso; ¿pero ah! Todos los dias estamos viendo romperse los mas estrechos lazos de las pasiones por un leve interés de fortuna, por una ausencia, por los zelos, por sospechas, y relaciones, por algun defecto que se advierte, ò por un disgusto ocasionado por un leve motivo: vemos apagarse en un instante las mas vivas pasiones, quando parecian estar mas encendidas. ¿Qué verguenza, Señores, el que unos medios tan débiles, un antojo, una casualidad, un disgusto, un nada, hayan de tener fuerza para hacernos naturalmente victoriosos de nosotros mismos, y que ha-

yamos de ponderar tanto para con Dios la victoria que su gracia nos hace conseguir contra nuestras pasiones! *In modico suades me.* Convengo con vosotros, en que falta poco para que os convirtais, pero esto poco os falta por vuestra culpa, y por vuestra cobardía: No quereis cooperar con Dios, ni quereis pedir à Dios la gracia.

II. Hermano mio, dice San Agustin, tú eres un paralitico, un viagero asaltado de ladrones, cargado de golpes, y de heridas, tendido en tierra, y medio muerto. En este estado de flaqueza en que te hallas no puedes tenerte en pie, ni levantarte; eres, sin duda, digno de lastima, pero no eres reprehensible; ¿porque cómo has de hacer lo que no puedes? *Non tibi deputatur ad culpam, si vulnerata membra non colligis.* Pero en lo que sí eres reprehensible es, en que teniendo à tu vista un Medico caritativo, que se ofrece à curarte, no quieras rogarle, ni implorar su socorro: tienes por seguridad del feliz exito de tu ruego, su promesa confirmada con juramento; con todo eso, no le ruegas, ni le quieres rogar. Es esto soberbia, ò desesperacion! A lo menos es una indiferencia, y una cobardía, que no admite excusa.

¿Haveis examinado, Catholicos, atentamente la ceguedad de aquel famoso Simon, que por haver querido comprar à precio de dinero el don de los milagros, y los demás Dones del Espiritu Santo, dió principio, y nombre al famoso pecado de la simonia? San Pedro le reprehendió con eficacia su intento, y le amenazó con la divina venganza; pero al mismo tiempo le propuso el remedio para librarse de ella, que era hacer penitencia, y rogar à Dios: *Pœnitentiam age, & roga Deum.* (a) Haz penitencia, y ruega à Dios, le dice el Apostol.

(a) *Actor. 8. 22.*

¿Pero él qué hace? Aunque se siente cargado con la culpa, procura descargarse de este cuidado, fiandosele à los mismos Apostoles, que se le imponian como una obligacion personal. Rogad vosotros à Dios por mí, les respondió: *Precamini vos pro me ad Deum*; que es como si el enfermo suplicase al Medico que él mismo se aplicase la medicina. Este proceder os parecia, Señores, extraordinario; pues sabed que no hay cosa mas comun. Algunos amigos fieles os hablan acerca de vuestra salvacion, os exponen el peligro de vuestro estado, la incertidumbre de la vida, y lo impensadamente que suele llegar la muerte: vosotros los oís, y suspiráis, pero el fin de la conferencia suele ser el decirles, pedid vosotros à Dios que mueva mi corazon: *Precamini pro me ad Deum*. ¡Ah! Vosotros no quereis orar, porque no quereis ser oidos: temeis que Dios os conceda lo que le pidais. Si tú conocieras el don de Dios, decia el Salvador à la Samaritana, se le pedirias: *Si scires donum Dei, petisses ab eo*. Pero vosotros, pecadores, por lo mismo que conoceis el don de Dios, por lo mismo que sabeis el dominio que adquiere la gracia sobre el corazon luego que éste se dexa ganar; por lo mismo que preveis que todo lo ha de mudar, y trastornar, que os ha de hacer abandonar vuestras amadas costumbres; que os ha de hacer humildes, castos, y mortificados, por lo mismo temeis esta gracia, y no quereis pedirla: finalmente, para colmo del desprecio, ni aun quereis oirla, que es el tercer grado de cobardía.

III. Y si no, decidme, Catholicos, ¿por qué huimos la vista de los muertos, y todos los objetos que pueden despertar en nosotros esta idea? Porque Dios nos habla por medio de ellos, porque en ellos hallamos lecciones de penitencia, una imagen clara de la vanidad de las cosas criadas, y una severa censura de nuestra soberbia, y de nuestra delicadeza. Todo esto nos está clamando, que debemos pensar en la muerte, y consiguien-

guientemente en convertirnos. ¿Por qué procuramos disimularnos à nosotros mismos nuestra edad, y nuestras enfermedades? Para librarnos de las reflexiones que se nos presentan acerca de la brevedad, y rapidéz de la vida. ¿Por qué huimos de los Sermones, de los libros piadosos, de las conversaciones serias, y de la compañía de los justos? Porque todo esto nos condena haciendonos presentes nuestras obligaciones; y aun se puede añadir, ¿por qué no gustamos de estar solos? Porque entregados entonces à nuestras ideas, y à nuestras reflexiones, nos exponemos à peligro de disgustarnos de nuestras flaquezas, de ordenar nuestros deseos à nuestra verdadera felicidad, y en una palabra, de oír à Dios. Si alguna vez, por casualidad, caemos en las ocasiones, y si es licito explicarse de este modo, en los lazos de la gracia, ¿qué no hacemos entonces por borrar las impresiones que empieza à hacer en nosotros? *Recede à nobis.* (a) Retiraos, decimos inmediatamente, no queremos recibir la ciencia de vuestros caminos: *Scientiam viarum tuarum nolumus*. No queremos ser instruidos, iluminados, atemorizados, ni movidos, y consiguientemente no queremos convertirnos.

Vamos con San Pablo à Cesarea al tribunal del Proconsul Felix, porque el Señor le havia destinado para que llevase su gracia, y su nombre à las Naciones, y Principes de la tierra. (b) ¿Quién era este Felix? Era un Magistrado, distinguido por todas las circunstancias que pueden hacer à un hombre odioso para todos los demás hombres. Por su nacimiento era esclavo, el favor le havia hecho liberto, la eleccion de un Emperador afeminado le havia elevado al gobierno de la Judea, y el capricho de la fortuna à casarse con tres Reynas; los Pueblos gemian con el peso de sus exacciones, y un Historiador Romano compendia todo su merito,

(a) *Job* 21. 14. (b) *Actor.* 24. 25. *Actor.* 9. 15.

diciendo, que era un hombre, que con un corazon de esclavo exercia toda la autoridad de Rey: *Fus regium servili ingenio exercuit.*

Este era el hombre con quien tenia que tratar San Pablo; ¿y qué verdades son las que le predica? A este público ladron se atreve à predicar la justicia; à este público deshonesto le predica la castidad; à este Juez, mas delincente que todos los reos à quienes condena, predica un Dios vengador, que ha de juzgar à todos los Jueces: *Disputante illo de justitia, & de castitate, & de judicio futuro.* Esto era vibrar contra él los mas activos rayos de la gracia; ¿pero con qué efecto? El efecto fue tal, que aquel corazon insensible à todos los sentimientos de honor, de piedad, de rectitud, y de pudor natural, se rindió por ultimo à los golpes del Apostol, se domesticó su fiereza, se conmovió, se asustó, y tembló: *Disputante illo tremefactus Felix.*

¿Qué impresion esta de la gracia, ó Dios mio, en un Pagano, dominado de tantos vicios! Ya parece que se confiesa vencido; pero no, Catholicos. ¿Pues por quién queda? ¿Queda por parte de la gracia? No, Señores, queda por parte de su mal corazon; conoce que la gracia habla, y que él la ha escuchado con demasiada atencion; ¿y qué infiere de aqui? Que no debe escucharla mas. "Basta, Pablo, le dice, dexemos lo demás para otra ocasion; nos veremos despacio en tiempo mas oportuno: *Quod attinet, vade, tempore opportuno accersam te.* (a) ¡Oh, palabras enemigas de la gracia, y de la salvacion! Palabras, que pueblan el Infierno, que abren las barreras igualmente à todo lo mas illustre, y glorioso que hay en la tierra, como al Pueblo ignorante." (b) Basta, decis, dexadlo para otra ocasion, y para tiempo mas oportuno.

¿Y cuándo llegará esta oportunidad, y este tiempo?

¿Dón-

(a) *Actor. 24. 25.* (b) *Isai. 5. 14.*

¿Dónde le hallareis? ¿Cuándo os aprovecharéis de él? Todo el tiempo que teneis está ocupado en los negocios, en los placeres, en las necesidades, y sucesos de la vida; no hallais tiempo para todo lo que quereis: *Tempore opportuno.* ¿Pues cómo le haveis de hallar para lo que repugna à todas las inclinaciones de vuestros sentidos, y de vuestras pasiones; esto es, para cuidar de las obligaciones que se ordenan à vuestra eterna salud? No hallareis este tiempo en aquel impetu de vanidad que arrastra à la juventud à tan infames locuras: No le hallareis en los lazos, en los escollos, en los precipicios, en las tempestades, en que el interés, y la ambicion enlazan todo el curso de la vida: Tampoco le hallareis en la edad decrepita, quando el espiritu se siente ya oprimido con las ruinas de las fuerzas del cuerpo; ¿pero os parece que le hallareis en la muerte? No, Catholicos, solamente en el Infierno hallareis tiempo para pensar en la salvacion, y en la eternidad: *Vade, vade, vade.* Llegareis à aquel termino sin haver pensado hasta entonces en vuestra eterna salud.

Pero en aquel deplorable tiempo de reflexiones eternas, entonces, pecador, ¿cómo pensarás en él? ¿Qué reconconvenciones te harás acerca del abuso, y desprecio que hiciste de la gracia? ¿Tendrás entonces verguenza para quejarte, ó de que ésta te faltó, ó de que fue demasiado débil, ó de que te movió con lentitud, ó de que se retiró de tí muy prontamente? Dios, que conoce la verdad, ¿no confundirá la soberbia con que aspirabas à todo, y la pereza con que de nada te aprovechabas, poniendo à tu vista los momentos, las ocasiones, y los lugares en que su gracia obraba, aunque inutilmente, en tu corazon? ¿Quántas veces quise yo, te dirá, como decia en otro tiempo à las piedras insensibles de Jerusalén, quántas veces quise yo, y tú no quisiste? *Quoties volui, & noluisti?* (a)

Tom. III.

Hh

Yo

(a) *Matth. 23. 37.*

Yo quise, siempre que te afligia con remordimientos, siempre que te hacia desabridos, y amargos los placeres, siempre que te privaba de tus amigos, y protectores, siempre que te hacia experimentar las ingratitudes del Mundo, y las traiciones de la Corte; en este estado te decia, ven à mí, tú que estás afligido, pero no quisiste oirme: *Et noluidisti*. Yo quise, siempre que te convidé con mis promesas, que te asusté con mis amenazas, que te aconsejé en los peligros, que te insté, y te desperté con los golpes de la fortuna; ¿ cuántas veces sucedió esto? ¿ *Quoties*? Pero tú no quisiste ceder: *Et noluidisti*. Yo quise; ¿ y qué interés podia yo tener en esto? ¿ Qué honor me resultaba à mí de tus servicios, el que no pudiera adquirirme castigandote? Tú, que eras quien se exponia à perder, que interesabas en rendirte, y que no podías desobedecerme sin hacerte eternamente miserable, tú no quisiste obedecerme: *Et noluidisti*. Yo quise, pero en tí todo se oponia, la enormidad de tus delitos, su multitud, su duracion, lo débil del arrepentimiento, y el continuo enlace de recaídas. Mi misericordia me estaba siempre hablando à favor tuyo; à cada infidelidad te representaba mi gracia, pero tú no quisiste aprovecharte de ella: *Et noluidisti*. Señalame algun momento de tu vida, en que hayas podido decir: Yo quise, Señor, yo quise, y Vos no quisisteis: *Volui, & noluidisti*. Yo siempre he querido tu conversion, y tu eterna salud; pero tú, pecador, lexos de quererla, siempre has aspirado à perderte: *Ex te perditio tua.* (a)

Haced, Señor, que la queramos ahora, y no espere-mos à la muerte; haced que la deseemos en la vida, y no en el Infierno; haced que la deseemos ayudados de los mas poderosos auxilios, y mandadnos lo que gustareis: *Da quod jubes, & jube quod vis*. Asi sea: *In nomine Patris, &c.*

(a) Osee 13. 9.

SER-

SERMON PRIMERO
PARA EL CUARTO DOMINGO
DE QUARESMA,
SOBRE LA PROVIDENCIA.

Accipit Jesus panes, & cum gratias egisset, distribuit discumbentibus.

Jesus tomó los cinco panes, y habiendo dado gracias, los distribuyó por manos de sus Discipulos à los cinco mil hombres, que estaban sentados. *Joann. 6.*



O podemos, Señores, considerar sin admiracion esta prodigiosa multiplicacion de los panes, y este particular milagro de la Providencia. ¿ Pues cómo cerramos los ojos, dice San Agustin, à los milagros continuos de la Providencia, en medio de los cuales vivimos, y con los que nos sustentamos? Estamos tan acostumbrados à estos milagros, y el uso comun de ellos nos hace tan insensibles, que unos por impiedad se atrevan à disputar à Dios el gobierno del Mundo, y otros, por flaqueza, desconfian de sus socorros, movidos unos, y otros de los extraordinarios desordenes que

Hh 2

to-